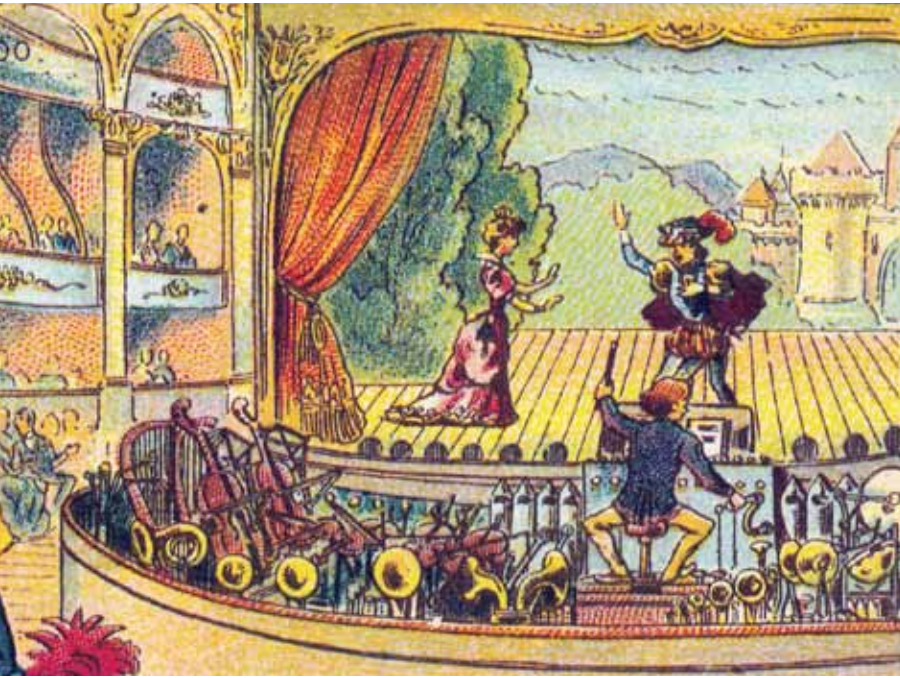


Autosatisfacción y excesos digitales



Villemard, *Visions de l'an 2000* (1899)

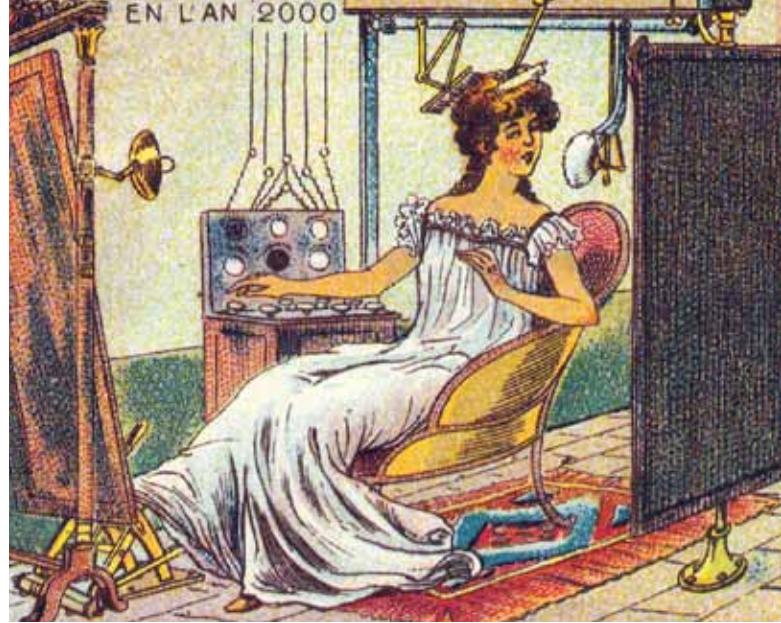
Enrique Aguilar R.

EN ESTOS TIEMPOS QUE CORREN, LAS redes sociales digitales, con Twitter y Facebook a la cabeza, se han convertido en mecanismos de difusión instantánea de todo tipo de manifestaciones, donde tanto autores reconocidos como genios del porvenir publican crónicas, cuentos, chismes, chistes, quejas, poemas, anuncios de lecturas o presentaciones de libros, e incluso, fragmentos y capítulos de novelas.

Las redes se usan tanto para la autopromoción como para difundir opiniones políticas, culturales, íntimas, familiares o amorosas, y sirven también para que muchos se soben el ego a partir del número de los “seguidores” que acumulan, por una parte, o bien mediante el recuento de las veces que se comparten algunos tópicos de sus muros, sean propios o ajenos; o por el número en que se citan sus ocurrencias, artículos y comentarios.

Por ello, estos medios se han vuelto mecanismos útiles para romper la soledad e interactuar, por un lado; y por el otro, para superar la falta de editores.

Aquí las futuras glorias de las letras le muestran a los que pueden o se dejan sus más recientes creaciones, pero también autores e intelectuales sobrados de opiniones “suben” lo que ya les anda estorbando en el escritorio o en el archivero, lo cual muchas veces es atractivo: conocemos así zonas de un iceberg de otro modo invisibles: autores favoritos, temas de interés, gustos artísticos, musicales e, incluso, fondas, taquerías y restaurantes favoritos.



Las redes sociales permiten que cada quien se convierta en su propio editor de manera instantánea. El mecanismo engancha, es altamente satisfactorio. Se conoce la vía de circulación de los propios textos y, en ocasiones, respuestas inmediatas. Otro pulso de placer es el de abandonar el anonimato, el olvido o el desprecio. Cada recurso propicia la “participación” y mutua compañía entre cada contacto de la red.

Subterránea, inconsciente, bulle la sensación de estar “comunicado” o en “contacto” tanto con el presidente de la República, que tiene su cuenta y emite tuits, o con el cantante de moda, la estrella deportiva o todo tipo de personajes relevantes de cualquier ámbito.

Eso no deja de tener su parte de ilusión, porque en realidad de los miles y a veces millones de “seguidores” que llegan a tener los sujetos destacados, sólo unos cuantos obtienen por estos medios digitales alguna respuesta. Pese a ello, a muchas personas reconforta saber que aunque sea de esta manera tan frágil se está “en relación” con esos sujetos relevantes.

Por otro lado, uno de los peligros que tienen estas formas de autopromoción y autoedición es que por medio de la idea de “participación” se pierde mucho tiempo. Este problema no respeta edades, condición o saberes. He leído a niños que desesperados, y ya avanzada la noche, escriben “¡maldito face, ya déjame hacer la tarea!”. Igualmente académicos, oficinistas, amas de casa o jubilados se quejan de manera eventual o frecuente de que por hallarse atentos a lo que sucede en las redes incumplen su trabajo o sus obligaciones. La invasión, incluso, ha llegado a ser interconyugal. Se sabe de magníficas separaciones y divorcios propiciadas por Facebook; y existen ya, en diversas partes del mundo, centros contra las adicciones a causa de la red.

La carencia sistemática de editores en estos sitios permite cometer excesos: en ocasiones mediante la escritura; o también por medio de videos, intimidades, vicios, debilidades, obsesiones, características corporales y manías conductuales que el pudor y la más elemental de las conveniencias aconsejarían dejar bajo llave.

La red menos participativa es Twitter porque sólo ofrece 140 caracteres para expresarse. Mas en el fondo no es tan rígido su esquema porque permite agregar a los mensajes ligas con fotografías, páginas web, blogs y videos. Pero para propiciar el interés de su consulta el mensaje debe ser sugestivo o motivante. Y ahí está el problema, porque no cualquiera es un buen publicista de sus obsesiones, intereses o aficiones.

En Facebook, los mensajes pueden ser más amplios y la gente puede hablar de sus ocupaciones, inclinaciones o motivaciones sin límite de espacio. Nadie exige en FB precisión como en Twitter, ni agilidad mental. Twitter es el reino del epigrama. En Facebook se puede editorializar acerca de la propia vida con más holgura.

Los usuarios “intermedios” de ambas redes, es decir los que no tiene tanta agilidad pero quieren estar presentes en el remolino de las noticias por el lado de Twitter, pero también desean sentir la seguridad que da el ritmo más pausado de Facebook, tienen la opción de conectar ambas redes, otorgando los permisos correspondientes; pero sólo pueden enviar mensajes desde la primera red hacia la segunda, pero no a la inversa.

Por lo anterior, las redes sociales son el paraíso de la información. Facebook en esta última línea ofrece además la posibilidad de conversar con los contactos, cuyas ventajas se incrementan si se tiene cámara de video: mayor el ocio... y ¡que viva el chachareo! **▲▲**